

*La velada en Benicarló*  
*Diálogo sobre la guerra en España*



## Preliminar

*Escribí este diálogo en Barcelona, dos semanas antes de la insurrección<sup>1</sup> de mayo de 1937<sup>2</sup>. Los cuatro días de asedio deparados por el suceso, me entretuve en dictar el texto definitivo, sacándolo de borrador. Lo publico (no ha podido ser antes)<sup>3</sup> sin añadirle una sílaba<sup>4</sup>. Si el curso ulterior de la historia corrobora o desmiente los puntos de vista declarados en el diálogo, importa poco. No es el fruto de un arrebato fatídico. No era un vaticinio<sup>5</sup>. Es una demostración<sup>6</sup>. Exhibe agrupadas, en formación polémica, algunas opiniones muy pregonadas durante la guerra española, y otras, difícilmente audibles en el estruendo de la batalla, pero existentes, y con profunda raíz. Sería trabajo inútil querer desenmascarar<sup>7</sup> a los interlocutores, pensando encontrar, debajo de su máscara, rostros populares. Los personajes son inventados. Las opiniones, y, como se dice, el «estado de espíritu» revelado por ellas, rigurosamente auténticos, todavía comparables, si valiese la pena. Todas*

---

<sup>1</sup> 1.ª ed.: insurrección anarquista

<sup>2</sup> Cfr. Introducción, «La insurrección de mayo de 1937», págs. 62-82.

<sup>3</sup> Cfr. Introducción, nota 76.

<sup>4</sup> Cfr. Introducción, pág. 60.

<sup>5</sup> 1.ª ed.: una vaticinio.

<sup>6</sup> Manuel Azaña, *Apuntes de memoria y cartas*, ed. Enrique de Rivas, Valencia, Pre-Textos, 1990, pág. 13: «Texto 0»: «La disposición demostrativa y de ordenación de mi ánimo».

<sup>7</sup> 1.ª ed.: Desenmascar.

*concurrer a mostrar una fase del drama español, mucho más duradero y profundo que la atroz peripecia de la guerra. En tiempos venideros, variados los nombres de las cosas, esquilma-dos muchos conceptos, los españoles comprenderán mal por qué sus antepasados se han batido entre sí más de dos años; pero el drama subsistirá, si el carácter español conserva entonces su trágica capacidad de violencia apasionada<sup>8</sup>. Percibirlo así, una vez más, en la plenitud de la furia fratricida, ha llevado el ánimo de algunas personas a tocar desesperadamente en el fondo de la nada. Por otra parte, es muy dudoso que, después de este viaje, corto en el tiempo, demasiado largo por sus borrascas, la razón y el seso de muchos hayan madurado. Más valor tiene, pues, el que algunos hayan mantenido, en las jornadas frenéticas, su independencia de espíritu. Desde el punto de vista humano, es un consuelo. Desde el punto de vista español, una esperanza.*

Mayo, 1939<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Manuel Azaña, «I. Causas de la guerra de España», *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986, pág. 14: «Las mejores cabezas del socialismo, imbuidas de espíritu humanístico y liberal, querían continuar la tradición democrática de su partido. Esta disposición era medianamente comprendida por sus masas. En el partido mismo llegó a formarse un núcleo extremista, cuya consigna fue: los proletarios no pueden esperar nada de la República. Por su parte, las extremas derechas hacían propaganda demagógica, y prestaban a los métodos democráticos una adhesión condicional. Se resistían también a reconocer el régimen republicano, pero aspiraban a gobernarlo, como en efecto lo gobernaron desde 1934. El carácter español convirtió en una tempestad de pasiones violentísima lo que, en sus propios términos, era un problema político no tan nuevo que no se hubiese visto ya en otras partes, ni tan difícil que no pudiera ser dominado. Lo que debió ser una evolución normal, marcada por avances y retrocesos, se convirtió desde 1934, con dolor y estupor de los republicanos y de aquella porción del socialismo a que he aludido antes, en una carrera ciega hacia la catástrofe».

<sup>9</sup> Texto escrito para la edición de Losada, 1939.

## DIÁLOGO

Hablan en el diálogo:

MIGUEL RIVERA, *diputado a Cortes.*

EL DOCTOR LLUCH, *de la Facultad de Medicina de Barcelona.*

BLANCHART, *comandante de infantería.*

LAREDO, *aviador.*

PAQUITA VARGAS, *del teatro.*

CLAUDIO MARÓN, *abogado.*

ELISEO MORALES, *escritor.*

GARCÉS, *exministro.*

UN CAPITÁN.

PASTRANA, *prohombre socialista.*

BARCALA, *propagandista.*



(El auto del doctor Lluch devora la distancia entre Barcelona y Benicarló<sup>10</sup>. En el morro del coche se despliega un banderín gualda, y en la mirilla trasera, «Metge», dice un letrero blanco anegado en polvo. La profesión, los servicios de Lluch le habían valido conservar el disfrute del coche, último resto de sus comodidades de burgués: guiándolo, introduce en su estado presente una punta sarcástica, recuerdo de su antigua condición de dueño. Junto a Lluch viaja Miguel Rivera, diputado<sup>11</sup>, joven aún y, hasta seis meses antes, millonario. Dentro, el comandante Blanchart, un oficial de aviación, Laredo, convaleciente de heridas atroces y la Paquita Vargas, artista de zarzuela. Necesitados de viajar por motivos diferentes, Rivera había obtenido de su amigo Lluch que admitiera en su coche a los dos militares y a la Paquita, hasta Valencia. Declinante un día de marzo<sup>12</sup>, cortan la campiña del Panadés, la tierra fragosa, poblada de olivos y algarrobos, que vomita turbiones en el mar, las vegas de Tortosa, y desembocan en la Plana, llameantes los ocres de la costa sobre el agua azul, anegada en tintas de violeta la hosquedad confusa del Maestrazgo. Ningún tropiezo. A medio camino, un entierro. Cipreses verdinegros. Sobredorados por el ocaso, cobijan el cementerio contiguo a la carretera. Lluch detiene el coche. Sobre

---

<sup>10</sup> La distancia: unos 170 kilómetros.

<sup>11</sup> 1.<sup>a</sup> ed.: sin coma.

<sup>12</sup> Marzo de 1937.

el féretro, una bandera roja y negra<sup>13</sup>; detrás, el pueblo entero, alineado, y una música en silencio. Al paso del féretro, Lluch levanta el puño. Inquietud de Rivera. Otros del cortejo, contestan. Se oye el arrastrar de pies por la carretera. Algunos ojos escrutan el interior del coche, atraídos por los uniformes. Más lejos, una patrulla.

—¡Alto! ¡Los papeles!

Lluch exhibe un pliego lacerado por las firmas, rúbricas, sellos, contraseñas y marcas bastantes a acreditar su lealtad. El cabo de la patrulla parece horadar el papel con la mirada. Lluch se impacienta.

—Menos prisa, camarada. Hay que enterarse.

—Te enterarías antes, camarada, si leyeras el papel al derecho.

Se lo devolvieron.

—Podéis seguir. ¡Salud!

—Salud... y supervivencia —exclama Lluch al poner el coche en marcha. Susto de Rivera: «Van a pegarnos un tiro». «¡Bah! No son tan ingratos».

Lluch se place en la rápida carrera, en la paz de los campos, traídos a tal galanura y fecundidad por un trabajo de siglos. Masías blancas entre parcelas cobrizas recién labradas y siembras lozanas, brillante el verde jugoso de las mieses nuevas. Carros de labrador, de toldo alto, guarnecidos los arneses de las mulas con mucha clavazón dorada. Algún viñador poda las últimas cepas. La pincelada milagrosa de las flores parece soltarse de los frutales tempranos y volar, en la fuga del coche, al horizonte de sierras encanecidas.

—Lo arrasarán todo. Ni casas ni árboles quedarán en pie. Los hombres, fusilados. ¿Por qué no las mujeres y los niños? ¿No los vemos ya hechos pedazos? Nos llegará el turno... —murmura Lluch.

---

<sup>13</sup> La bandera rojinegra era la enseña del anarcosindicalismo.

El impresionable Rivera solía fluctuar a merced de las opiniones ajenas, sobre todo de los vaticinios pavorosos, por su experiencia personal reciente, muy siniestra. En ella quería fundar, sin embargo, una mayor confianza en la suerte, como si hubiese agotado las probabilidades adversas.

—He salvado la piel de tantos peligros que me creo destinado a sobrevivir.

—La conservación de la vida no se asegura de una vez para siempre. No confunda usted las aventuras novelescas de su evasión con la realidad del peligro mismo. No le añaden nada. El destino no se presenta siempre con apariencias tan notables. Se muere tontamente, sin saber por qué. Hace meses se encontraba uno en las cunetas de este camino a los muertos rebozados en su propia sangre. De sobremesa o en mitad del sueño les habían pegado cuatro tiros. ¿Quién? ¿Por qué? Cuando nos toque a nosotros, seremos dos números en la estadística. Sin ninguna razón explicativa de nuestro destino. O admite usted la mía: que a los hombres como nosotros se les acaba el mundo. Sobramos en todas partes. El proceso eliminatorio se cumplirá, poco importa el modo. ¿Ley de la historia? Bueno. La historia es una acción estúpida. Ajena, cuando no contraria a la inteligencia humana. El hombre lo comprueba, lo padece y no puede más. Tal es la grandeza de su destino, según dicen. Eso nos diferencia de una caña. Envidio a la caña. Como no hay remedio, me forjo una moral adecuada a la quiebra de mi humanidad y recito mi papel hasta la última sílaba.

Anochecido, rinden viaje en el albergue ribereño del mar. Las brasas del poniente se enfrían, dejan nubes de ceniza<sup>14</sup>. Témpanos blancos en el caserío del pueblo. Entre huerto y jardín, unos olivos. La silueta abrupta de Peñíscola, desgajada de tierra. Calma chicha. Las piedras de la orilla paladean un rizo transparente que se explyaya sin ruido

---

<sup>14</sup> 1.ª ed.: cenizas.

ni espuma. Otros viajeros, en el albergue<sup>15</sup>, reciben con asombro y alborozo a Miguel Rivera. El coloquio se prolonga durante la cena y la sobremesa.)

PASTRANA.—¿De dónde sale usted?

RIVERA.— De la sepultura.

MORALES.—Es para creerlo. Todos le daban por muerto.

RIVERA.—No miento. Al pie de la letra, vengo de la sepultura. Estaba de paso en Logroño, para visitar a mis hermanos, cuando empezó la rebelión. Si el pueblo hubiese tenido armas habría vencido. Con una sangría suelta, la resistencia cedió. ¡Qué de suplicios! A mi hermano, el capitán de Artillería le fusilaron; y al otro, ingeniero, le asesinaron en el camino de Zaragoza, porque eran republicanos<sup>16</sup>. Antes de matarlo, le arrancaron unos dientes de oro. Pude esconderme. Pasé cuatro meses en la choza de un pastor, en plena sierra. Mientras, me juzgaron en rebeldía, me condenaron a muerte, confiscaron todos nuestros bienes, incluso los de mi madre, que a sus ochenta años vive de limosna<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> Cfr. Introducción, nota 3.

<sup>16</sup> «Los asesinados estuvieron en La Rioja por encima de los dos millares, según los datos del Registro Civil de Defunciones y los Cuadernos de muertos recogidos por la Cruz Roja de Logroño. Los meses más trágicos y duros fueron los tres primeros: últimos diez días del mes de julio, agosto y septiembre. En octubre y noviembre el ritmo descendió. Y en diciembre, y los primeros meses de 1937, aún fue menor. Fueron asesinadas más de cuarenta mujeres. Entre ellas las principales líderes de la Federación Tabaguera de Logroño y tres conocidas maestras» (disponible en: <<https://www.bermemar.com/DICTADURA/repreGC.htm>> y Antonio Hernández García, *La represión en la Rioja durante la guerra civil*, Logroño, A. Hernández García, 1984).

<sup>17</sup> «Las incautaciones de bienes se hacen “legales” el 16 de septiembre de 1936 con un Decreto, el famoso 108, de la Junta de Defensa Nacional firmado en Burgos por el General Cabanellas. Hacia mediados de marzo de 1937 empieza la actividad de la Comisión Provincial de Incautación de Bienes de la provincia de Logroño» (disponible en: <<https://www.bermemar.com/DICTADURA/repreGC.htm>>).

Una partida descubrió mi escondite. Creí llegada mi última hora. Eran amigos, obreros de Haro, fugitivos. Contaron las hecatombes de Rioja<sup>18</sup>. ¡Asombroso! En los pueblos más señalados fusilaron los censos enteros. Me di a conocer y unimos nuestra suerte. Me pusieron en relación con un conductor. Encerrado en el maletón de un coche me llevó a Pamplona<sup>19</sup>. Al hombre no se le ocurrió otra cosa que esconderme en el cementerio. «Tengo aquí un buen amigo», me dijo. Muchos tenía yo, pero muertos. En Navarra apenas había más que carlistas, nacionalistas y católicos. En las elecciones, la coalición republicana no pasó de treinta y seis mil votos. Pues han fusilado a unas quince mil personas<sup>20</sup>. Si la proporción es igual en toda España, hagan ustedes la cuenta... El conductor tenía, en efecto, un amigo

---

<sup>18</sup> «La represión en La Rioja: la Guerra Civil, como enfrentamiento bélico entre dos bandos, no existió en el territorio de la Comunidad Autónoma de La Rioja. Únicamente se plantearon algunas reacciones espontáneas e individuales en varias poblaciones y breves escaramuzas bélicas en los primeros días de la sublevación militar. Alfaro fue la excepción, ya que algunos de sus habitantes organizaron una pequeña resistencia. Y no hubo guerra en La Rioja porque la Comandancia militar de Logroño estuvo en la sublevación desde fechas muy tempranas y las tropas salieron a las calles desde el primer momento, a las siete de la mañana del día 19 de julio» (disponible en: <<https://www.bermemar.com/DICTADURA/repreGC.htm>> y Antonio Hernández García, *La represión en la Rioja durante la guerra civil*, op. cit.).

<sup>19</sup> Donde estaba el centro de operaciones del general Mola, el «Director» del golpe de Estado.

<sup>20</sup> «No se corresponde esta cifra con la de los estudios más actuales sobre la represión en Navarra. El historiador Emilio Majuelo, director del Fondo Documental para la Memoria Histórica de la Universidad Pública de Navarra, organismo creado en 2009, da estas cifras: «Más de 3400 víctimas mortales, de las cuales más de 3000 fueron fusiladas o hechas desaparecer. Nosotros también contabilizamos otro tipo de muertes, aunque no sean por fusilamiento. Por ejemplo, las ocurridas en cautividad debido a las malas condiciones de los penales. Cientos de personas murieron en el fuerte de San Cristóbal por las inclemencias del tiempo y el maltrato» (entrevista de Miguel M. Ariztegi a Emilio Majuelo, *El Diario*, 15 de abril de 2018).

camposantero. Pasé veinticuatro días metido en un nicho. No había peligro de que los vecinos me denunciaran. Por las noches salía a estirar las piernas y a recoger un poco de pan y un jarro de agua. Mi protector me preparó la fuga. Llegué a la raya a pie, en hábito de fraile, y di con mis huesos en Arlegui<sup>21</sup>. Huesos, porque no tenía más debajo del hábito, y el pellejo. Nunca hubiese creído que por salvarlo se padeciera tanto. Me socorrieron. Tardé unas semanas en recobrar-me. Quise volver a España...

MORALES.—Extraño caso.

RIVERA.—Ya me he dado cuenta. Con recursos prestados llegué a La Junquera. Me detuvieron por sospechoso. No tenía papeles. Alegué mi condición de diputado y lo puse peor<sup>22</sup>.

PASTRANA.—Lo de ser diputado estaba casi tan malo como ser general, obispo o patrono. Aunque no tan malo como ser ministro.

RIVERA.—Preso en una barraca, amenazado de muerte, logré enviar a Barcelona un recado telefónico. De allí me reclamaron con urgencia. Persuadidos de que iba al suplicio, unos sicarios accedieron a llevarme, maniatado en un coche, rozándome la nuca el cañón de una pistola. Estuve veinticuatro horas de pie en una mazmorra, apretujado en-

---

<sup>21</sup> Arlegui se encuentra situada en la parte central de la Comunidad Foral de Navarra.

<sup>22</sup> Los anarquistas estaban en contra de la política burguesa y contra el Estado y sus representantes. La situación en que se encontró Rivera al volver a España recuerda la del ratón del microrrelato de Kafka, «Una pequeña fábula»:

«—¡Ay! —dijo el ratón—. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo. Corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa sobre la cual debo pasar.

—Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo —dijo el gato... y se lo comió».

tre gentes de quien no llegué a ver con claridad las facciones. El mismo valimiento que me salvó en la frontera, obtuvo mi libertad. Todo mi haber consistía en los andrajos que llevaba puestos. Gracias al doctor Lluch salí de apuros y con devolverme la salud he recobrado la calma e incluso la esperanza.

LLUCH.—No tenía usted nada grave. Digamos hambre atrasada y una excitación nerviosa que se corrigió pronto. En cuanto se aclimató a la vida nueva. Al principio no se daba usted cuenta de dónde estaba. Como si cayera de la luna.

RIVERA.—En casi medio año no supe de España sino que en La Rioja y Navarra fusilaban a millares de hombres y mujeres. De lo restante, nada. Llegué a Barcelona creyéndome el protagonista de un drama excepcional. Hambre atrasada... sin duda. Pero créanme ustedes, más que comer y asearme, necesitaba aliviar mis pesadumbres, siquiera contándolas. Encontrar algún calor, un afecto compasivo<sup>23</sup>. La impresión era glacial. No me daba cuenta, es cierto, de lo que ustedes habían pasado día por día, ni de que a nadie le quedaba lugar para el asombro o la conmiseración. Caí en una ciudad nueva. Salvado de la muerte<sup>24</sup>, entraba en una sociedad que tenía también la pistola en la nuca<sup>25</sup>. No se me ha borrado la extraña impresión de nuestra primera entrevista, Lluch. ¡Cuántas cosas pensaba contarle! Me recibió usted con estas palabras: «¡Hola, Rivera! ¿Qué le trae por Barcelona?». Me quedé cortado. Y sin transición, añadió usted: «¿Ahora se deja usted la barba?».

---

<sup>23</sup> Gabriel García Márquez cuenta en *Relato de un naufrago* que, tras haber milagrosamente llegado a tierra el naufrago, estaba hambriento y sediento. Se hallaba en medio de una selva y cuando vio al primer hombre, no le pidió comida ni agua, sino que le escuchara la tragedia que acababa de vivir. O sea: «Encontrar algún calor, un afecto compasivo».

<sup>24</sup> 1.<sup>a</sup> ed.: mi muerte.

<sup>25</sup> Cfr. Introducción, «Una sociedad con la pistola en la nuca», págs. 114-136.

Recuérdelo y ríase de mí como yo me río. Al entrar en su habitación, pensé que entraba un personaje de tragedia. En realidad, entró un señorito mal afeitado. De pronto, cuanto quería contarle me pareció ridículo.

LLUCH.—Me preguntó usted por el perro y al saber que lo había matado un automóvil, rompió usted a gritar: «¡También el perro, también el perro!». Entonces pensé, se lo confieso, que no estaba usted en sus cabales.

RIVERA.—La atonía de usted y de otros me desconcertaba, por ignorancia. Verdad es que desde el paso de la frontera debí darme por advertido. Había algo peor: la envidia de algunos, por haber estado en el extranjero, mezclada con la lástima que les despertaba mi regreso. Yo había vuelto a España por un movimiento natural, sin proponerme sobre ello ninguna duda. Un conocido me dijo en Barcelona: «¡Cómo! ¿Estaba usted en Francia y ha vuelto? ¡Cualquier día hubiese vuelto yo!». ¡Qué rabia! Tras de conducirme como debía, me tomaban el pelo. Fuese rabia o miedo contagiado o deseo de no pasar por tonto, llegué a dudar si me marcharía. Luch me disuadió.

LLUCH.—No. Las cosas en su punto. Siempre me he guardado de decir a nadie lo que se debe hacer, como no sea a mis enfermos, y aun eso, barruntando que no lo harán. Le dije a usted, porque me lo preguntó, que no le creía expuesto a ninguna amenaza especial. No había usted salvado la vida a ningún arzobispo, a ningún monje. No tiene nada que ver con los enredos políticos y sociales de Cataluña, ni ha hecho bien ni mal a nadie en mi tierra. Pero no le dije que se fuera ni que se quedara. Me resisto a ser agente del destino cerca de nadie.

MORALES.—Lo mismo puede usted serlo dando un consejo que absteniéndose.

LLUCH.—Cierto. Pero a más que la omisión o la inacción no se puede llegar.

MORALES.—Hay quien piensa y escribe que, en su poca disimulada fuga, presta servicios de mucha cuantía.

MARÓN.—Lo he oído. El tino, el buen gusto están mal repartidos. El prurito de agradar siempre, a que lleva el ansia de popularidad, obliga a confeccionar argumentos para los crédulos papanatas. Héroes, a su modo, los que prefieren pasar hambre a pasar miedo. Acaso acierten, porque el hambre enflaquece y el miedo enloquece. El hambre puede incitar a un delito, el miedo a una bajeza. El peor negocio es pasar hambre después de haberse doblegado al miedo. A mí no me importa.

MORALES.—No juzguemos con tanto rigor. Mirándolo fuera del tiempo presente, esos hombres, apartados de estos hechos horribles, serán una reserva para el día de la paz<sup>26</sup>.

LLUCH.—Me parece que los oigo hablar. Hace dos meses el Gobierno me envió a comprar material sanitario en París. Tropecé con un amigo barcelonés, un pez gordo de la política<sup>27</sup> catalana, emigrado de los primeros días. «¿Cómo os va con la FAI<sup>28</sup>?», me soltó de buenas a primeras. «Aguardamos tu regreso para acabar con ella», le contesté. Me descubrió el proyecto a que usted alude. En España, dos bandos feroces tratan de destruirse. Ninguno puede dominar al otro. Cuando se reconozca así y se acabe la guerra, los que se mantienen lejos de ella y reprueban a los dos bandos, se encargarán de gobernar al país. No disimulo mi horror por tantas cosas como suceden, acá y allá. Al oír esas vanidades, siento que me penetra el espíritu intransigente del miliciano.

MARÓN.—Por mi cuenta hay ya cuatro Españas. Nada menos. En París se había formado una tercera España, con los designios que usted le oyó a su amigo barcelonés. Pero ha surgido la cuarta España, con soluciones mucho mejores. Ahora falta que entren en guerra civil, dentro de París, como lo están las dos primeras en la Península. En realidad,

---

<sup>26</sup> Cfr. Introducción, págs. 105-106.

<sup>27</sup> 1.ª ed.: policía.

<sup>28</sup> Siglas de la Federación Anarquista Ibérica.

todos esos miembros pasivos del Comité de No Intervención<sup>29</sup>, tienen mala suerte. Si la guerra se hubiese acabado en septiembre con la destrucción de la República, siempre habrían quedado deslucidos, pero cómodos. ¿Ven ustedes? ¡Todo estaba perdido! ¿Qué íbamos a hacer allí? Prolongarse la guerra indecisamente, tiene que disgustarles aunque no quieran, porque los deja en mala postura sin disculpa posible. Aunque se callen (no todos se callan), su sola presencia daña. Y cuando hablan... lo más inocente es justificarse arbitrando planes políticos para personas superiores y finas.

PASTRANA.—Que son finos, superiores a nosotros, verdaderos cafres que aguantamos los bombardeos, se les nota cuando por accidente vienen a España. Uno estuvo en Valencia cuatro días. Muy enojado porque el Gobierno no se apresura a editarle su obra sobre Rescesvinto... ¡Ya ven ustedes, Rescesvinto! Me habló del Foreign Office, del Quai d'Orsay, del Gentlemen's agreement, del Covenant, de la seguridad colectiva, del asentamiento<sup>30</sup> de campesinos asirios, de la Conferencia de los Nueve, del Comité de los Veintitrés... Precaviéndose contra un reproche que nunca

---

<sup>29</sup> Gonzalo J. Martínez Cánovas, «Luis Jiménez de Asúa y la gestación de la política de No Intervención en la Guerra Civil Española», *Pasado y Memoria*, 18, 2019, pág. 294: «Después de tres semanas de fuego diplomático frenético e ininterrumpido, el 8 de agosto de 1936 el Gobierno francés del Front Populaire dio luz verde en Consejo de Ministros al llamado “proyecto Delbos”. Se articulaba definitivamente un compromiso de *no injerencia* en el conflicto bélico español para el que, en dos semanas, ya contaba con la adhesión de Gran Bretaña, Portugal, Italia, Unión Soviética y Alemania. Con la retracción del ejecutivo presidido por Léon Blum respecto a su voluntad inicial de ayudar al legítimo Gobierno de la II República comenzaba, en expresión de Tuñón de Lara, «la gran farsa» de las democracias occidentales». Cfr. Manuel Tuñón de Lara, «¡Todavía la No Intervención! (julio-agosto, 1936)», *Historia contemporánea*, 5, Universidad del País Vasco, 1991, pág. 185.

<sup>30</sup> 1.ª ed.: asentimiento.

pensé hacerle, afectaba una distinción lánguida. Leía en sus ojos cierta protección distante, compasiva. Aquella noche sufrimos un ataque aéreo. Mucho ruido. Algunos muertos. El hombre se presentó en mi casa a pedirme que obtuviese de Prieto un permiso para salir en el primer avión. No le di de bofetadas. Ha repasado los Pirineos. Mis carcajadas lo acompañan<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> Manuel Azaña, *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, ed. Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 2000:

«Entre los visitantes de hoy, Claudio Sánchez Albornoz, que ha entrado azaradísimo, y sin saber qué decirme ni por dónde romper. Nombreado por mí embajador en Lisboa, estuvo allí hasta la ruptura con Portugal, y lo pasó malamente. Desembarcado en Francia, allí se quedó, hasta ahora. Me había escrito varias veces, la última hace quince días, y telegrafiado en fechas señaladas. Nunca le he contestado, porque su conducta me parecía intolerable, como la de otros muchos. Por lo visto, Amós Salvador, que gusta de templar desafinaciones, le ha escrito diciéndole que yo estaba enojado con él. E inmediatamente que lo ha sabido, según cuenta, ha tomado el avión para venir a verme. No ha tardado más que un año en caer en ello.

»Como venía a explicarse y a explicarme, para desvanecer mi enojo, le he dicho que por excepción, y puesto que su visita no tenía otro objeto, le iba a enterar de lo que pensaba de su conducta. Se lo he explicado a fondo, y sin reservas ni atenuaciones. Muy amigos, pero la verdad por delante. Tres cuartos de hora ha estado oyendo graves e irrefutables objeciones a su proceder. Y en el tono que convenía. No las repito, porque, con carácter general, creo haber apuntado ya lo principal de ellas en este borrador. Al principio, quería evadirse por algunos agujeritos, pero se los he tapado todos. También pretendía reducir el caso a una falta en la relación personal, de amigo a amigo. No se lo he consentido. Mis reproches van al incumplimiento de sus obligaciones públicas con el régimen, con España y, políticamente, conmigo. Me ha hablado de sus hijos, de sus padres ancianos, despojados de todo... (Si hubiese estado en España, habría cobrado las 12000 pesetas de diputado y su sueldo de catedrático, por lo menos, y no habría pasado los apuros que dice que pasa. Pero tenía la pretensión de que le enviasen esas consignaciones al extranjero.) Acaba por decirme que, al llegar a París, se encontró allí con tantísimos republicanos emigrados, que le convencieron de que todo estaba perdido, y que era locura venir a España...

GARCÉS.—Se han dado por vencidos. Con esa moral ¿qué podía esperarse?

MARÓN.—¿Vencidos? No será en la guerra. Está la pelota en el tejado.

GARCÉS.—Vencidos por el cataclismo social.

MARÓN.—Tampoco se ha concluido la sociedad española. Admitamos que cambiará. ¿Habremos dejado usted y yo de pertenecer a ella?

MORALES.—Nadie puede formarse una moral apropiada a las circunstancias, deduciéndola de su caso particular. Tanto da una moral de derrota como de victoria. Una moral de vencidos es inútil no ya para vencer sino para soportar el vencimiento. No sirve para mucho más la moral basada en la seguridad de la victoria. Si la victoria, por fin, no llega, se derrumba la moral, el hombre se degrada en su cobardía; y aunque llegue, tampoco esa moral sirve para afrontar la victoria, que por otro estilo relaja y corrompe

---

»—Vamos, si —le digo— se dejó usted contagiar el miedo prematuro de los fugitivos.

»—Es verdad, no he sido un héroe.

»—No hacía falta serlo para venir a España. Tener miedo es humano, y si usted me apura, propio de hombres inteligentes. Pero es obligatorio dominarlo, cuando hay deberes públicos que cumplir.

»—Sí. Me he conducido mal. Perdóneme usted. Ya ve que, en cuanto Amós me ha dicho algo, he venido.

»—Eso es lo lamentable; que no se le ocurriese a usted solo y a tiempo. —Lo que yo quiero es seguir siendo para usted lo que siempre he sido.

»—Muy bien. No tema usted que yo haga una ficha con el nombre de usted y la nota de indeseable, para guardarla en mi archivo. Esta conversación, penosa sin duda para usted, servirá todo lo más para iluminarle el espíritu acerca de su errada conducta, y de su deplorable ejemplo, dentro y fuera de España, y de la descalificación en que ha incurrido ya, cualquiera que sea el fin de la guerra. ¡Republicanos para ser ministros y embajadores en tiempos de paz; republicanos para emigrar cuando hay guerra! Y dejarme solo en Madrid, desde el Presidente de las Cortes hasta el último diputado, con la excepción de Giral y pocos más. ¡Abominable!

»Me ha dicho que asistirá a las sesiones de Cortes. Claro. Y que se volverá a su cátedra temporal de Burdeos».

tanto como la derrota. Es impropio de hombres avisados quedarse, valga la expresión, a medio camino y suspender el espíritu ante las realidades exteriores, por ruidosas, exorbitantes y terribles que sean, como la revolución y la guerra. Para adquirir una disciplina, no admito la zozobra del ánimo entre dos accidentes: derrota o victoria. Ha de ser obra de la inteligencia más que de la entereza, y sobreponerse a esos dos accidentes y a otros. Ganar o perder la guerra es muy importante, pero el fenómeno que padecemos no se cifra en eso. Ni siquiera desde el punto de vista de la razón política. ¡Y no hay que decir, en el orden moral de cada uno!

PASTRANA.—Amigo mío, es usted un emigrado en canuto.

MORALES.—Me maltrata usted, como siempre.

PASTRANA.—Mil perdones. Quise decir que no estoy conforme.

LLUCH.—Me atrevo a confesar que yo lo estoy, si he comprendido a derechas. Por lo menos en cuanto al método... Procuero superar los accidentes. No fundo mi moral, como ustedes dicen, en preferencias personales, ni en el aspecto primero de estos sucesos, ni en su conclusión, deseada o temida. No he corrido aventuras semejantes a las de nuestro amigo Rivera. Apenas llego a creer que me haya visto en peligro de muerte. He presenciado la de muchos otros. Soy médico. Sirvo, porque estoy obligado a remediar miserias. Un hospital de campaña es una escuela que inculca nociones desusadas. Inaplicables después; lo temo. Pero ese es otro cantar. Estoy contento de servir. Como hombre, procuro entrever el destino que me aguarda y lo recibo impasible. Me satisface comprenderlo, y, si puedo, darle un nombre. No acierto a encontrar el más expresivo. Oigo hablar de generales traidores, de anarquistas homicidas, de falangistas sanguinarios... Todo es verdad, pero anecdótico.

MARÓN.—¡Qué blasfemia!

LLUCH.—No. La fiebre es una incomodidad o un peligro en la vida del febril, no un desorden en la naturaleza. Lo

que sucede no cabe en los conceptos de la razón política. ¿O admite usted que la libertad, el orden social, la justicia, etcétera, tienen por premisa o llevan por fruto una degollina universal? Arrincone usted lo político. El hombre es una bestia más inteligente que el perro o el mono, pero una bestia. El hombre no apetece la libertad. La vida humana no se roza con la justicia. El orden, o sea la tranquilidad de los venturosos, se funda en la desventura de los miserables. Vituperamos la opresión, nos escandaliza la miseria, en cuanto nos dejamos deslumbrar por la idea de justicia. ¿Pero qué es la justicia, nunca lograda en la historia? Parto del ingenio humano. El hombre engalana su horripilante bestialidad con inventos ingeniosos. El pesimismo radical de la religión cristiana es irrefutable. Pone la justicia en otro mundo, ¡sarcasmo gigantesco! Atravesamos una fase de destrucción acelerada. Es recaída normal, pero no desorden. Me quedo solo con mi juicio ante<sup>32</sup> la materia bruta<sup>33</sup> y rechazo el aparato dialéctico que pretende clasificar los hechos encerrándolos en un sistema que sea mañana el sistema de la historia política. ¿O en busca de una explicación y hasta de una justificación, vamos a discurrir por conceptos inadecuados, o por imágenes falsas? A una peste, a una invasión, se les llamaba en otro tiempo azotes de Dios. Los hombres son tan malos —venía a ser la explicación—, que es justo aniquilarlos —justicia del otro mundo—, siguiendo el precedente del diluvio sin más acepción que la del involuntario delito de haber nacido. ¿La dialéctica de ustedes les lleva a insertar aquí un concepto de justicia, terrena o sobrenatural? Ni los arzobispos españoles han dicho todavía que esta calamidad sea castigo del cielo.

GARCÉS.—Pero invocan a Dios en ayuda de los rebeldes.

LLUCH.—Eso es política.

---

<sup>32</sup> 1.<sup>a</sup> ed.: entre.

<sup>33</sup> 1.<sup>a</sup> ed.: brutal.